

duque de Augustenburgo, Bismarck tomó pretexto de ello para manifestar al gabinete de Viena en 26 de enero de 1866 que la situación respectiva de las dos potencias había llegado á un punto decisivo; que Prusia se consideraba hostilizada por los trabajos revolucionarios que favorecía Gablenz en el Holstein, territorio confiado á la lealtad del Austria; que necesitaba que el gobierno de Viena declarase francamente si quería ó no marchar unido á la Prusia, y que si no quería marchar de acuerdo, la Prusia haría el uso que le conviniera de su libertad de acción.

El conde de Mensdorff rechazó en términos decisivos en 7 de febrero la exigencia de Prusia, con lo cual quedó hecho el rompimiento. Bismarck declaró al embajador austriaco que consideraba rotas las relaciones cordiales que la guerra dinamarquesa había engendrado entre los dos Estados, y que las relaciones entre ambas potencias habían vuelto á ser las mismas que existían entre Prusia y cualquiera otra potencia extranjera. El gobierno de Prusia sometió otra vez la cuestión de si era menester prepararse á la guerra á un consejo solemne presidido por el rey, en 28 de febrero, y en el cual tomaron también parte, además de los ministros, el príncipe heredero, el embajador prusiano en París y los militares más influyentes, como Moltke y Manteuffel. La resolución fué negativa, pero al mismo tiempo se invitó al gobierno italiano á enviar un general á Berlín para conferenciar, y por otra parte el gobierno prusiano contestó á una petición de algunos nobles del Schleswig-Holstein, que la anexión de su país á la Prusia parecía á ésta la solución más conveniente.

Napoleón se mostró muy satisfecho del giro que llevaba la cuestión. Quizás había dudado de la formalidad de Bismarck bajo la impresión que debió de producirle la inesperada reconciliación de Gastein, por cuyo motivo animó al gobierno italiano á negociar con el Austria; pero á la sazón recomendó en Florencia que se aceptara la invitación de Berlín, y por esto no debió de gustarle que el gobierno italiano volviera justamente entonces á remover de nuevo el cambio de Venecia por los Principados danubianos que el mismo Napoleón acaso había deseado antes. El motivo que tuvo el gobierno italiano para volver á esta cuestión fué que una conspiración había obligado en 24 de febrero al príncipe Cusa á abdicar y se había nombrado en Bucarest un gobierno provisional. Nigra propuso aprovechar este suceso en beneficio de Italia, y autorizado telegráficamente por Lamármora, solicitó en 28 de febrero la cooperación del emperador. Napoleón se mostró muy sorprendido y objetó que el Austria probablemente no aceptaría la proposición. No obstante, prometió sondear primero al gabinete inglés y aconsejó que no se rechazara por esto la inteligencia ofrecida por la Prusia. Siguiendo este consejo, envió Lamármora al general Govone á Berlín, el cual tuvo en 14 de marzo una primera entrevista con Bismarck.

El general italiano, creyendo casi seguro el buen éxito del proyecto de cambio de los Principados por el Véneto, del cual Lamármora le había enterado,



EL CANCELLER CONDE DE BISMARCK

(De un grabado hecho en el año 1866 por S. Roemer)

miró su misión principalmente desde el punto de vista de la conveniencia de excitar los recelos de la corte de Viena y facilitar así su renuncia á Venecia. Con este motivo quiso ganar tiempo antes de aceptar compromisos con la Prusia, á cuyo fin aprovechó la declaración de Bismarck de que no podía esperarse el comienzo de las hostilidades hasta dentro de algunos meses. La Prusia, en efecto, según dijo Bismarck, consideraba cuestión más preferente la de reorganización de Alemania que la de Schleswig-Holstein, y por lo mismo necesitaba tiempo para preparar diplomáticamente aquel asunto. Govone contestó que no estaba autorizado para contraer por entonces compromisos para contingencias lejanas y que tenía que pedir nuevas instrucciones para esto. Al mismo tiempo, tan astuto y desconfiado como Bismarck, temió que éste jugara como él jugaba con dos barajas, y que únicamente pidiera la formalización de la alianza para ejercer presión sobre el Austria y conseguir de ella la cesión de los ducados del Elba. No obstante, consideró la situación de Italia en este asunto más favorable que la del diplomático prusiano, y dijo con gran confianza en su comunicación á Lamármora que esperaba que «esta vez el áspid mordería al juglar.»

Tres días después de su primera conversación con Bismarck, en 17 de marzo, vió Govone destruída su esperanza por una comunicación del embajador Nigra, en la cual éste le participaba que ni la Inglaterra ni el gobierno austriaco aceptaban el cambio de los Principados danubianos por Venecia. Antes de que esta comunicación pudiera llegar á Florencia, y mucho menos á Berlín, habían aumentado el recelo de Govone nuevos indicios que observó en la capital de Prusia. Supo que el rey Guillermo tenía el ánimo muy vacilante y que las personas que le rodeaban le instaban á reconciliarse con el Austria. Una audiencia que había solicitado del rey, y que le había sido concedida para el día 17, fué aplazada indefinidamente por indisposición del monarca; el mismo día contestó Bismarck con una decidida negativa á la pregunta oficial del embajador austriaco sobre si la Prusia estaba dispuesta á rasgar el convenio de Gastein y á romper la paz de la confederación, y finalmente Inglaterra ofreció justamente entonces sus servicios para mediar entre Prusia y Austria.

Bismarck, agitado por estos obstáculos que se oponían á su política, sondeó en 19 de marzo á los italianos para saber si estaban dispuestos á declarar inmediatamente la guerra al Austria, en cuyo caso la Prusia les seguiría luego. La contestación fué negativa, con tanta más razón, cuanto que Bismarck mismo dijo que hacía la proposición sin conocimiento del rey, añadiendo solamente que para obtener la aprobación de su soberano presentaría en caso necesario su dimisión. Al día siguiente, sin embargo, abandonó todo el plan y se limitó otra vez á proponer un tratado de amistad concebido en términos muy generales, en el cual entraría la obligación de un tratado ofensivo y defensivo, que podría ya redactarse desde luego para firmarlo sólo cuando se presentaran acontecimientos belicosos. Este plan fué también abandonado por Bismarck cuando los italianos le propusieron una alianza ofensiva y defensiva por dos meses, y pidió que se

extendiera el plazo á tres. Fundado en esta negociación, entregó Bismarck el 27 de marzo al embajador italiano Barral, que además de Govone tomó parte en ella, un proyecto de alianza en seis artículos, que obligaba á la Italia á acudir á las armas cuando la Prusia hubiese abierto las hostilidades, y disponía que ninguno de los dos países haría la paz sin consentimiento del otro y sin que el Austria se declarase dispuesta á ceder la Venecia á la Italia y á la Prusia otro territorio de igual número de habitantes.

En 28 de marzo declaróse Lamármora conforme con estas proposiciones, pues entretanto había recibido nuevas noticias de Nigra que destruían toda esperanza de adquisición pacífica de Venecia. «No se haga usted ilusiones, había dicho el emperador el día 23 al embajador Nigra, el Austria sólo cederá el Véneto á la fuerza de la guerra.» El emperador favoreció, pues, la entrada de Italia en la guerra, pero no quiso que fuese la agresora, y dijo al príncipe Napoleón que en este caso no podría ayudar á la Italia; pero que si fuese el Austria la agresora, hizo añadir por Drouyn de Lhuys, el pasado de la Francia respondía del porvenir. En aquella conversación Napoleón había dicho además al embajador italiano que habiendo propuesto una vez al Austria la renuncia amistosa de Venecia, el emperador austriaco se había resentido diciendo que se le proponía en plena paz lo que sólo podía exigírsele después de una guerra desgraciada. Al conde de Arese, que á solicitud de Lamármora había ido á París, dió Napoleón, «cómo amigo,» el consejo de firmar la alianza con la Prusia, sin que por esto aceptara ninguna responsabilidad ni menos obligación. Usó, sin embargo, un lenguaje belicoso prometiendo su auxilio aun en el caso de que Prusia, faltando al convenio, hiciera la paz separadamente con el Austria y de que esta potencia se echara entonces con todas sus fuerzas sobre Italia.

No se sabe fijamente hasta qué punto llegaron el emperador y el embajador de Prusia en sus conferencias personales. Según indica Nigra en su comunicación del 17 de marzo, el embajador prusiano, á su vuelta de Berlín, preguntó á Napoleón por encargo de su gobierno cuáles serían las exigencias de Francia en el caso de un engrandecimiento de Prusia, y Napoleón contestó que en este caso se examinaría la diferencia entre las fronteras actuales de Francia y las del año 1814. El emperador evitó entonces formular sus exigencias porque sabía que sólo en una situación desesperada de Prusia podría obtener de ella un gran aumento de territorio.

El embajador italiano en París, que seguía en muy buen predicamento con Napoleón y en comunicación casi permanente con él, ya por poder acercarse á él directamente, ó ya por intermediarios hábilmente escogidos, le expresaba los deseos de sus compatriotas, y si se ha de dar crédito á los informes del diplomático italiano, el emperador, con inconsciente complacencia, no vaciló en aconsejar la alianza. Como Nigra le expusiera las asechanzas que tal vez ocultaran las proposiciones prusianas, Napoleón se esforzó por disipar sus objeciones, y dijo que era cada vez más improbable un arreglo directo con Austria

acerca del Véneto; que el gabinete de Florencia no estaba obligado á guardar ninguna consideración al del Austria, y que por el contrario había gran interés en que Bismarck encontrara en la seguridad de un auxilio por parte de Italia un argumento para inducir á su rey á la guerra.

Nigra, en posesión del proyecto de tratado secreto que se le había transmitido por telégrafo, se presentó de nuevo en las Tullerías, enseñándoselo al emperador, quien al punto aconsejó la aceptación. En esto llegó Arese á París, y Napoleón repitió al amigo de su juventud lo que había dicho al representante oficial de Italia. «Firmad el tratado, le dijo; os doy este consejo como amigo.» Sin embargo, añadió que eludía toda responsabilidad, y que el gobierno de Florencia cometería una gran falta si tomaba la iniciativa de la ruptura. Luego, á las repetidas insinuaciones de Nigra y del príncipe Napoleón para inducirle á favor de una triple alianza entre Francia, Italia y Prusia, procuró esquivar la contestación. «Creo, escribía Nigra al príncipe de Carignán el 31 de marzo, que el emperador desea la guerra; pero creo también que no quiere comprometerse con nadie hasta que haya estallado.»

Mucho disgustó á Bismarck esta dilación falaz del emperador. En 3 de abril comunicó Benedetti á su gobierno que el ministro le había recordado lo que había comunicado el embajador prusiano en París, y que había añadido que juzgaba llegado el tiempo de renovar aquellos ofrecimientos y deseaba que Francia designara las garantías que exigía. Benedetti no se hallaba en situación de contestar á esto por sí solo, porque Drouyn de Lhuys, con el cual no corría muy bien, le había dejado en la mayor ignorancia respecto de estas cuestiones, y por lo demás era personalmente de opinión que el interés de Francia exigía no apresurarse, porque el rey de Prusia estaría difícilmente dispuesto por lo pronto á conceder lo que tenía que exigirse de él. Sólo después de una derrota de la Prusia, con la cual contaba el embajador con toda seguridad lo mismo que el emperador, creyeron así el uno como el otro que el rey Guillermo se mostraría dispuesto á hacer concesiones.

El hecho de que Bismarck en aquellos primeros días de abril volviera á dar gran importancia á una inteligencia con Francia, debe atribuirse al peligro que corrían sus planes de guerra. El convenio con Italia no estaba firmado todavía, y el embajador prusiano en Florencia notificó á su gobierno la llegada del príncipe Napoleón y la reunión de un consejo de ministros, que en opinión de aquel embajador debía tratar de una inteligencia directa entre el Austria y la Italia. Esta noticia era inexacta, pero se recibió justamente en un momento en que el partido de la paz hacía los mayores esfuerzos en favor de su propósito; el Austria había declarado solemnemente en 31 de marzo al gobierno prusiano que el emperador no tenía intención de atacar á la Prusia; también había llegado á Berlín una carta autógrafa del tsar aconsejando la reconciliación, y toda la diplomacia prusiana trabajaba, según se lamentó Bismarck en 6 de abril, contra su plan.

Así pues, por una parte Napoleón apremiaba para la alianza con Italia; por otra las circunstancias iban oponiéndose á los proyectos del ministro prusiano: era, pues, preciso que éste tomara una determinación definitiva si no quería verlos malogrados. Por consiguiente, dando tregua á las mutuas desconfianzas, el 8 de abril, á las ocho y media de la noche y después de una larga conferencia y de una revisión detenida del texto, firmóse el convenio entre Prusia é Italia. Conforme esta potencia deseaba, á fin de no comprometerse por mucho tiempo, la duración del tratado debía ser de tres meses. En cambio el gabinete de Berlín se reservaba fijar el momento de la ruptura de las hostilidades, pues en efecto, el de la entrada en campaña sería aquel en que el estado de los asuntos alemanes indujera á Prusia á tomar las armas. La guerra debería hacerse con todos los recursos de las dos naciones, y el objetivo sería para Italia la adquisición de las provincias venecianas, y para Prusia, según se convino verbalmente, la sanción de su supremacía en la Alemania del Norte. De este convenio, que el rey Guillermo quiso que se titulara tratado de alianza y amistad en lugar de tratado de alianza ofensiva y defensiva, se había descartado el deseo de Italia de que se le garantizara la posesión del Tirol italiano, y se imponía á esta potencia la obligación de entrar en guerra tan pronto como Prusia rompiera las hostilidades, sin que existiera esta obligación por parte de Prusia en el caso de que la guerra estallara en Venecia.

Cuando después de tantas negociaciones Bismarck tuvo en sus manos el acta que le permitía llevar sus empresas al nivel de sus ambiciones; cuando conoció que el Austria quedaba fuertemente cogida entre sus dos enemigos, no ocultó su contento. Recreándose de antemano en aquella confusión, de la que saldría su grandeza, calmó las últimas ansiedades de los que se habían hecho sus cómplices, y al despedirse de ellos, les dijo: «Podéis estar tranquilos; tendremos guerra, pero me lisonjeo de producir la gran confusión que la asegurará.»

Y en efecto, Bismarck aprovechó desde entonces los menores incidentes para producir esta gran confusión. Sin dejar de ocuparse de los agravios que suponía recibidos la Prusia por parte del Austria en la gestión del gobierno de los ducados, se apresuró á reclamar contra los movimientos militares que se notaban en el Norte del imperio austriaco, y que en realidad eran muy limitados, y reuniendo todos los hechos, hasta los más insignificantes, y agrupándolos con gran arte, el 24 de marzo denunció en una circular á Alemania lo que llamaba provocaciones de Austria. El gabinete de Viena, en contestación á esta circular, negó todo pensamiento belicoso por su parte, y el primer ministro prusiano tuvo que hablar como su rival, so pena de descubrir sus verdaderos proyectos.

Pero á los pocos días pudo desquitarse de su moderación, porque M. de Mensdorff, por una de esas torpezas habituales en su país, envió el 7 de abril un despacho muy altanero, en el cual pedía á Prusia que á su vez revocara to-

das sus medidas militares. Al punto se apoderó Bismarck del documento, lo publicó, hizo resaltar todas sus frases conminatorias, y fingiendo haber sido herido en lo vivo y procurando excitar el amor propio del rey, prorrumpió en quejas de enojo.

Más aplacado el conde de Mensdorff, ofreció el 25 de abril retirar las fuerzas austriacas de la frontera prusiana si Prusia reducía su ejército desde el día siguiente al estado que tenía el 27 de marzo, amenazando en caso contrario, no con romper las hostilidades, sino con poner en pie de guerra el ejército de Venecia, ya que cerca de Bolonia y de Piacenza se concentraban tropas italianas. Este plan, que en apariencia era amenazador para Italia, iba dirigido en realidad contra la Prusia, pues el gabinete de Viena esperaba con este ardid engañar al rey Guillermo, cuyas intenciones pacíficas le constaban, y sembrar la discordia entre los gabinetes de Berlín y de Florencia. De este modo se aplazaría la ruptura de las hostilidades hasta más allá de principios de julio y era de esperar que después Italia no prolongaría la alianza.

Napoleón recibió al mismo tiempo de la corte de Viena las seguridades más precisas de que no se meditaba un ataque desde Venecia, por lo cual el emperador francés dió al gobierno italiano con gran insistencia el consejo de no mostrarse receloso ni menos contestar con armamentos. El gobierno italiano no pudo seguir este consejo porque se lo impedía la agitación de la opinión pública, aunque participaba de la opinión de Napoleón. En su consecuencia anunció Lamármora en una circular del 27 de abril que la seguridad del país pedía el inmediato aumento de la fuerza terrestre y marítima, y al propio tiempo el embajador prusiano en Viena recibió de su gobierno la orden de declarar que la Prusia no podía consentir que los armamentos de Italia sirviesen al Austria de pretexto para continuar también armada. Aunque en la actitud de los dos aliados hubo completo acuerdo, la conducta del Austria no dejó de causar cierta desconfianza entre ellos, pues Bismarck declaró al embajador de Italia que su soberano no se había comprometido en el tratado del 8 de abril á atacar al Austria en caso de que la guerra estallara en Italia; que el ministerio entero haría á la verdad de este ataque cuestión de gabinete, y la Italia podía confiar en la marcha irresistible de los acontecimientos, pero que nada sería capaz de inducir al rey á firmar un tratado que pusiera en manos de Italia la participación de la Prusia en la guerra. Estas declaraciones irritaron á Lamármora, pero también las noticias recibidas de París llenaron de recelo á Bismarck.

Referíanse estas noticias á una declaración del Austria, la cual se mostraba dispuesta á renunciar á Venecia siempre que Francia é Italia permanecieran neutrales y consintieran en que Austria se indemnizara con territorio prusiano. Hallándose Napoleón en negociaciones sobre un arreglo de esta clase, le irritaron los armamentos de Italia, y dijo á Nigra en 1.º de mayo que siquiera se le debía haber consultado antes de hacer justamente lo contrario de lo que él recomendaba. Además influyó en gran manera en el emperador la con-



LUIS ADOLFO THIERS